

de la Iglesia y siervos de Dios. Los pobres, la Iglesia y Dios son nuestras tres grandes afecciones de católicos: son la felicidad de nuestra vida; y serán, así lo esperamos, el consuelo de nuestra muerte.

«Señores míos, recibid aquí la sincera expresión de mis sentimientos, y dignaos en Roma, depositar este homenaje al pie del trono del grande y bondadoso Pio IX!.... Nuestros corazones, nuestros votos, nuestras oraciones os seguirán en la nueva peregrinación que vais a realizar. ¡Qué grande espectáculo vais a dar al mundo!.... Del Oriente, del Occidente, de la América y hasta de las islas remotas de la Oceanía, la falange inmortal del apostolado vendrá a colocarse alrededor de Pedro, a reconocer su primado, a afirmar la plenitud de sus derechos, y a proclamar con él estas grandes y saludables verdades de las que es el infalible oráculo. La Iglesia militante de la tierra conocerá pues uno de estos inefables gozos, que el himno Ambrosiano no nos muestra sino en la Jerusalem del cielo. Ella verá en los pórticos del Vaticano, bajo la cúpula de San Pedro, el *Gloriosus apostolorum chorus!*....

«Y mientras que la Ciudad Eterna celebrará estas fiestas de la fe, la civilización material, acumulando todos los esplendores, exaltará sus conquistas.... Oiremos en París glorificar el genio del hombre, las maravillas del arte, los prodigios de la industria, la difusión de las luces, el progreso y la libertad!.... ¡Ah! yo convengo en que demos una mirada a estas magnificencias de la tierra y sepamos reconocer allí la liberalidad de Dios; pero reservemos nuestra admiración y nuestro entusiasmo para otras grandezas. ¡Que nuestros corazones estén en la exposición universal de la fe, de la justicia, de la verdad! (*Aplausos.*) En París, se coronará a los constructores de locomotivas y a los fundidores de cañones; en Roma, se colocará sobre los altares a los confesores y a los mártires. En París, se cantarán los efímeros triunfos del tiempo; en Roma, se celebrarán las victorias eternas. En París, se festejará el reino de la materia; en Roma, se

exaltará el inmortal reinado del espíritu. ¿De qué lado está la verdadera grandeza, el verdadero progreso, la verdadera libertad? En Roma, porque en Roma se está más cerca de Dios; en Roma, porque en Roma estará Jesucristo presente en medio de los que se van a reunir en su nombre! (*Bravos prolongados.*)

«¡Partid pues! ¡oh padres y pastores nuestros, partid para estas fiestas magníficas! ¡Que los ángeles de vuestras iglesias velen por vosotros y conduzcan todos vuestros pasos! ¡Que María, la Estrella del Mar, sea vuestra guía!.... «¡Oh Dios, bendecid su partida, sed el velo que los proteja contra los ardores del sol, el manto que los abrigue contra las intemperies de las estaciones, el carro en que reposen sus miembros fatigados, su fuerza en la hora del peligro, el báculo que los sostenga en las pendientes rápidas del camino, el puerto que los salve en los abismos: conducidlos al lugar de su peregrinación y volvedlos entre nosotros, radiantes de fuerza y de salud, con el corazón rico de grandes emociones é inmortales recuerdos y las manos llenas de bendiciones y de gracias!»

La misa de los zuavos pontificios.

El domingo 16 de Junio, Mr. el obispo de Orleans ha celebrado en Roma, en la Iglesia de *Santa María Traspontina*, cerca del castillo de San Angelo, la misa de los zuavos pontificios. Todo el batallón armado, asistió a esta ceremonia. Después del santo sacrificio, el ilustre prelado dirigió a los zuavos la alocución siguiente:

«Señores, siento que mi extrema fatiga no me permita hablaros largamente: pero no quiero bajar de este altar sin decir os cuán dichoso he sido en celebrar el Santo Sacrificio de la misa en medio de vosotros y sin dejaros al menos una

un acento francamente militar, han probado que el ejército pontificio comprende la alta misión que tiene que llenar, y que sabrá ser fiel a ella.

Los aplausos mas entusiastas acogieron estas alocuciones y el *Viva* dado al pabellon pontificio por el comandante Castella. Este valeroso oficial, que ha inmortalizado con su nombre el sitio de Ancona, al terminar su viva a la bandera, dijo en voz alta: «Como en otro tiempo Pedro el Ermitaño arrastraba a los cristianos a la defensa del sepulcro de Jesucristo al grito de «¡A Jerusalem! ¡A Jerusalem!» ahora todos los cristianos deben levantarse para la defensa de la Iglesia, gritando: «¡A Roma! ¡A Roma!»

Este grito, mil veces repetido, ha terminado esta *soirée*, durante la cual se han estrechado los lazos de fraternal union que unian todos los católicos del mundo a los generosos defensores del Papado.

Sacerdotes y zuavos.

El cuerpo de los zuavos pontificios encierra, como es sabido, jóvenes que pertenecen a las mejores familias de la Francia, de la Bélgica, de la Holanda, etc., etc.

Bendigamos a la Providencia por haber dado a la nobleza católica una ocasion tan solemne de lanzarse al sacrificio.

Las razas que hayan dado defensores a la mas santa de las causas serán benditas de Dios.

Se citan mil rasgos encantadores que han pasado con motivo de las grandes fiestas de Roma.

Los sacerdotes, los monjes y los zuavos fraternizan desde luego; estos últimos se complacen en guiar a sus compatriotas en la visita de los Santos Lugares.

Queriendo un cura recompensar a un zuavo, de quien habia recibido algunas indicaciones, le tomó la mano, la estrechó con las suyas y deslizó una pequeña moneda. El

zuavo se muestra satisfecho, acepta, da las gracias, y sacando de su cartera un billete de banco, lo deja modestamente en la mano del cura diciendo a media voz:

«Para vuestros pobres, os ruego, señor cura.»

Este zuavo se llama el conde de L....

Otro cura que, en la conversacion con un zuavo, habia descubierto cierta ciencia eclesiástica, unida a un sublime estilo, exclamó:

—¡Ah! amigo mio, si no fuérais zuavo, diria que érais abad.

—Soy abad.

—¿Cómo?

—Sin duda: queriendo dar mi vida por Jesucristo ó por su Vicario, me alisté en la milicia pontificia, y acudí a lo mas urgente. Pero si la voluntad de Dios es que los negocios de Roma se terminen sin efusion de sangre, abandonaré bien pronto el uniforme para volver a tomar la sotana.

Congregacion de la Santa Virgen de los zuavos.

Cuando vemos a los hombres en masa renegar de la fe, y perderse persiguiendo a la Iglesia, nosotros debemos seguir atentamente los pasos de los verdaderos fieles. El Espíritu de Dios parece difundirse con mas abundancia sobre ellos: oran, combaten, sufren, mueren como para restablecer en provecho de la sociedad el equilibrio roto por el mal entre la misericordia y la justicia divina. Así, mientras que en odio del Vicario de Jesucristo, las sectas impías ofrecen a los zuavos pontificios el insulto, el desprecio, el puñal; los zuavos en general dan el ejemplo de la moderacion, de la calma, de la humildad. Algunos, caminando ignorados en las vías de la perfeccion cristiana, remontan su vuelo hácia la mansion celestial. Cuatro ó cinco zuavos, holandeses ó

flamencos, han muerto recientemente en el hospital con sentimientos admirables. El último, Domingo Clays, ha sucumbido edificando a las hermanas de la Caridad, a los médicos y a sus camaradas, por su resignación angélica y los actos de su piedad fervorosa. En su delirio no sabía hablar sino de Jesús, de María, de la Iglesia y de Pio IX. Como en ausencia de M. Paaps, limosnero titulado de los flamencos y holandeses, Mr. Sacré, rector del colegio belga de Roma, le dijese: Tened esperanza, mi amigo, vos volveréis a ver a vuestra patria.—¡Ah! sí, exclamó, yo lo espero, y soy muy feliz con morir para verla cuanto antes.—Cuando quisieron vestir a Domingo Clays, se advirtió que traía un gran cilicio alrededor de la cintura. El heroico joven había tenido oculta esta mortificación. Por respeto no se lo han querido quitar; pero sus camaradas enviaron el uniforme a su madre.

Los zuavos han establecido entre sí, en 1861, una congregación de la Inmaculada Concepción. En el registro de sus asientos, Pio IX escribió de su mano: *¡Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum sub umbra B. Mariæ Virginis Immaculatæ!*

Un bello camafeo ofrecido á un zuavo.

Nadie ignora el amor ardiente de Pio IX a María Inmaculada. El Soberano Pontífice aprovecha todas las ocasiones favorables para recomendar la mas grande confianza en la augusta Madre de Dios.

Se cuenta que un zuavo llegado recientemente, se presentó en el Vaticano, en la sala de las Guardias, y preguntó en alemán a uno de los suizos, si un simple soldado podía ver al Papa.

—Dirigíos a este *monsignore*, dijo el suizo señalando a un Prelado.

Este Prelado era Mr. Pacca, camarero de Su Santidad, que acogió al zuavo con una afabilidad que tiene mucho más de la caridad apostólica que de una virtud ordinaria, y le dijo:

—¿Amigo, cómo os llamais?

—Strouss, Monseñor.

—¿De qué país sois? Replicó el Prelado.

—De Venloo, en Holanda.

—Bien, yo hablaré de vos a Su Santidad.

Se fué el zuavo. Pero dos días despues, con gran sorpresa suya, miéntras que estaba en el cuartel, un dragon le trajo una carta de audiencia.

El primer día, no había pensado en lo atrevido de este paso, y ahora que espera, que sabe que el Vicario de Jesucristo está allí, a algunos pasos de él, que iba a verlo, se siente conmovido, lleno de temor. Pero bien pronto al temor sucedió la confianza y el gozo mas dulce. Pio IX le habla con la ternura de un padre, elogia los actos de sacrificio y de heroismo que suscitan en el mundo las desgracias de la Iglesia.

Despues, yendo a una cómoda, sacó un estuche que dió al zuavo. El estuche encerraba un hermoso camafeo con la imagen de la Santa Virgen.

—Tomad, hijo mio, dijo el Santo Padre; tomad lo que os doy, y rogad mucho a la Madre de Dios. ¡Ella os protegerá siempre!

palabra y un recuerdo. Esta palabra, héla aquí; es de San Pablo, este gran corazón, y también puedo decir, este gran soldado de Jesucristo: ¡*State!* permaneced de pie y firmes; firmes en vuestros sentimientos, en vuestros principios, en vuestro generoso sacrificio. Esto será el honor eterno de vuestra juventud y de vuestra vida.

«¡Cuán bella y santa es vuestra causa! Por ella han muerto vuestros hermanos en Castelfidardo; varios de entre vosotros han combatido, y todos estais prontos a combatir aún, si Dios señala el día y la hora. Permaneced, pues, constantes y firmes, y por vuestra firmeza suscitad en lo de adelante otros sacrificios. Que vengan aquellos que sientan en el corazón fe y valor, y que se hastian de una juventud inútil y sin gloria; que vengan de la Francia, de la España, de la Irlanda, de la generosa Bélgica, de la misma infortunada Polonia, de todos los países católicos, a aumentar vuestras filas ó las de esta brava y fiel legión que defiende la misma causa. ¡*State!* Perseverad.»

La correspondencia de la *Gazette de France*, de la cual tomamos estos detalles, añade que después de esta corta alocución, «Mr. el obispo de Orleans fué seguido a la sacristía por M. el coronel de los zuavos y todo el cuerpo de oficiales, todos soldados de Lamoricière y que llevaban todos sobre el pecho la cruz de Castelfidardo. Cordiales palabras se cambiaron entre el obispo y estos valientes oficiales.

Fiesta dada en honor de los zuavos.

Durante las fiestas del Centenario y de la canonización, los zuavos pontificios han recibido los testimonios más tiernos de simpatía de parte de todos los católicos venidos a Roma de todas las partes del mundo.

La fiesta de Minerva, dada por los visitantes extranjeros

a los oficiales del ejército pontificio, y especialmente a los oficiales de los zuavos, ha sido brillantísima. Los vastos salones, iluminados y adornados espléndidamente, eran demasiado estrechos para la multitud que se agolpaba. En el fondo de la sala principal estaba el busto de Pio IX; enfrente, el busto del general Lamoricière, rodeado por un trofeo de armas que se destacaba en medio de laureles. Afuera la música con sus sonatas alegraba la fiesta, y en la plaza de la Minerva aplaudía una multitud inmensa de romanos.

Se deseaba que Mr. Mermillod viniese a pronunciar algunas palabras. A las nueve y media entró a la sala en medio de los coroneles d'Argy y Charette. Entre los oficiales se veían con emoción algunos mutilados de Castelfidardo, y uno de ellos pronunció el brindis: «¡A Pio IX, Pontífice y Rey!» Fué recibido con los más vivos aplausos, y se respondió por otro: «¡Al ejército pontificio!» Habiéndose entonces colocado Mr. Mermillod cerca del general Kanzler, ministro de la guerra, expresó inmediatamente el gozo que experimentaba por la simpatía que rodeaba a los valientes defensores del Papado.

Habló de la felicidad que disfrutaban los obispos, al pensar que cuando se alejasen, para conservar la verdad y las almas, dejarán aquí alrededor de Pio IX, reunidos de los cuatro vientos del cielo, a hombres de fe y de valor que protegerán su soberanía y defenderán su trono.

Cuando Mr. Mermillod, al terminar, dirigiéndose a los oficiales dijo, que habían venido conducidos por solo la fuerza viva de su convicción y para afirmar en medio de las decadencias actuales, la libertad del alma, su palabra fué interrumpida por aclamaciones unánimes a Pio IX y al ejército pontificio.

El general de Courten ha contestado a Mr. Mermillod a nombre del ejército pontificio, y en un lenguaje simple y noble, ha demostrado que este ejército, pequeño por el número, es grande por el valor y espíritu de adhesión que lo animan; éstas y algunas otras palabras pronunciadas con